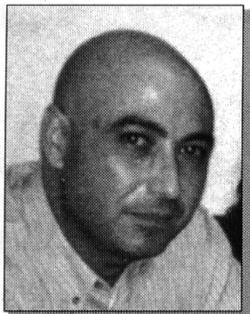




Filosofía y Universidad



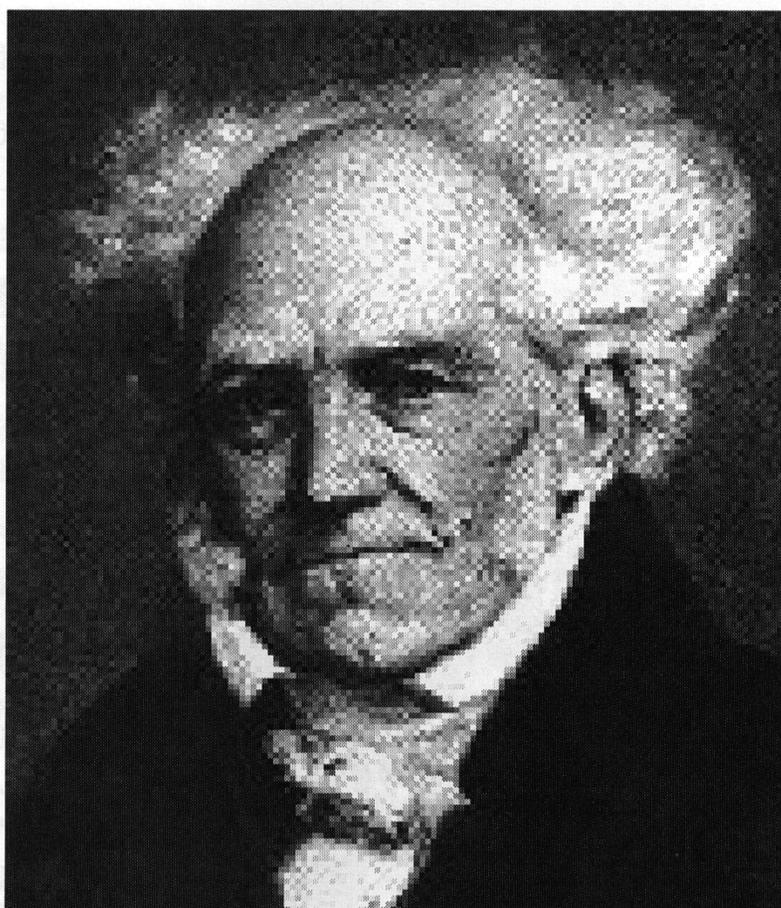
Por **Diego Medina Morales**
fd1memod@uco.es

Se puede ser filósofo y se puede ser docente (“profesor”) de filosofía. Ambas cosas no están reñidas, no son incompatibles, pero, sin lugar a dudas, tampoco necesariamente son cualidades o actividades que deban presumirse al mismo tiempo de una misma persona. De hecho, han existido magníficos filósofos que jamás se dedicaron a la docencia o enseñanza de la filosofía y, por supuesto, han existido y existen miles de profesores de filosofía que jamás llegarán, sólo por eso, a ser filósofos. Arthur Schopenhauer tenía muy clara esta categórica distinción cuando en 1851 publica su *Über die Universitäts-Philosophie*.

Con cierta frecuencia algunos docentes (sobre todo los de filosofía) tienen la tentación de atribuirse el “honor” de pertenecer a la categoría de filósofos y, por consiguiente, de compartir el grado de “excelencia” que caracteriza a aquello que ellos meramente enseñan –y ello, insisto, por el único mérito de explicar las ideas y los sistemas que otros han forjado—. No puede negarse que en ciertas ocasiones algunos docentes también realizan una labor cercana a la filosofía; pero, precisamente, son esos quienes suelen ser tachados de heterodoxos y, en consecuencia, censurados por aquellos otros (la mayoría) que consideran que el pensamiento debe estar sujeto a cadenas y estereotipos muy concretos y que sólo está permitido provisionarse de un repertorio de pensamientos ajenos –comprendidos, las más de las veces, superficialmente– e ir con ellos de aquí para allá, buscando ajustarlos, los unos con los otros, como si se tratasen de fichas de dominó.

También es cierto que, como denuncia Schopenhauer, este tipo de

“falsos filósofos” o baldíos educadores, “a fin de disimular la carencia de auténticos pensamientos, (muchos) se fabrican un aparato imponente de largas palabras compuestas, de intrincadas piezas de retórica, de periodos interminables, de expresiones nuevas que jamás nadie había oído antes, de la suma de todo lo cual resulta entonces una complicadísima jerga que suena “docta”; no obstante, el resultado de este quehacer no transmite ningún pensamiento, no produce nada, el resultado es un huerdo resonar de palabras, de opiniones más



Arthur Schopenhauer.

pobres que vulgares, más triviales que toscas. Muchos de los “tratados” que contemplamos en la universidad son producto de una ficticia erudición que algunos profesores cultivan para seguir enseñando, lo que no está mal, siempre que se deje de jugar a ser filósofo y, sobre todo, siempre que esto no sirva para formar camarillas y facciones de poder, siempre que dejen de apoderarse de revistas para “discutear” entre algunos pocos, y siempre que se deje de publicar cientos y cientos de trabajos de glosa, barniz y de huerdo contenido.

Perfectamente retratado –un año antes de su muerte (1860)– por Foucher de Careil, Schopenhauer fue un ser “habitualmente reservado y de

un natural tímido hasta la desconfianza, no se entregaba más que a los íntimos o a los visitantes que pasaban por Francfort. Sus movimientos eran vivos y alcanzaban una energía extraordinaria en la conversación; huía de las discusiones y de las controversias verbales inútiles, pero era para mejor gozar del encanto de una conversación placentera”. Pero también fue altamente crítico con los filósofos académicos de sus días, como lo demuestran las siguientes palabras: “es suficiente que un profesor cualquiera proclame, ante los colegas importantes

de la universidad más próxima, que la doctrina de su compañero constituye la culminación de la humana sabiduría, finalmente lograda. Enseguida se convertirá en un gran filósofo, pasando a ocupar sin más preámbulos el lugar que le corresponde en la historia de la filosofía, es decir, en la que un tercer colega está preparando para la próxima exposición. Éste, sin turbarse lo más mínimo, añade los valiosos nombres de sus colegas, bien remunerados y en la cúspide de la celebridad, a los inmortales nombres de los mártires de la verdad de todos los siglos”. Se quejaba el de Danzig de que esta anómala forma de funcionamiento de las escuelas académicas alemanas conducía a un espectáculo tan lamentable que resultaba similar a “oír cantar a los que están afónicos y ver bailar a los tullidos”.

Si consideramos que la dura crítica de Schopenhauer va dirigida a profesores universitarios de su tiempo (del calado de Fichte o Hegel, por ejemplo), cabría entonces temer cuál sería su opinión acerca de la filosofía de la Universidad de nuestro tiempo, donde, además a los vicios por el alemán significados, se suman la política de incentivos (supuestamente de calidad) que quienes gobiernan (mandan) han ideado para premiar (o dar prebendas) a quienes se sujetan a la ortodoxia del sistema, una ortodoxia que premia la capacidad de escribir sin tener nada que decir. La receta la pone Schopenhauer: “una pizca mínima de pensamiento en cincuenta páginas de verborrea”.